

EL HORROR EN FREUD

HORROR IN FREUD

Lic. Joceline Fátima Zanchettin, joczanch@hotmail.com, CONICET – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Facultad de Psicología – UBA.

RESUMEN

El presente escrito tiene como objetivo analizar el lugar del horror en la obra freudiana. A partir de la lectura atenta de los textos pertinentes al tema, nos dedicaremos a abordar las distintas facetas del horror, su trama y presencia en la configuración psíquica de cada sujeto. Para Freud, el horror es intrínseco a la estructuración psíquica del sujeto. Abordaremos el horror en su relación con la angustia, evidenciado en el carácter traumático de las primeras marcas. Desplegaremos la relación entre el horror y lo ominoso (lo siniestro), el interior radicalmente exterior, el placer ignorado en el síntoma, el desconocimiento como condición del ser hablante, el “saber no sabido” como lo que mueve el dispositivo analítico. Ubicaremos en el horror propio a la castración y la muerte la definición más exacta de la trágica existencia del ser hablante. Tal recorrido, sostenido en la letra freudiana, nos permitirá ubicar el horror en el campo constitutivo del sujeto, en tanto causa y efecto de la inscripción de la palabra.

Palabras-clave: Freud – Horror – Ominoso – Angustia

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyze the place of horror in Freud's work. Departing from careful reading of relevant texts, we will tackle the different aspects of horror, its weave and presence in each subject's psychic configuration. To Freud, horror is inherent in the subject's psychic structuring. We will approach horror as related to anguish, made evident by the traumatic nature of the first marks. We will unfold the relation between horror and the ominous (the sinister),

the radically external inner nature, the pleasure unknown in the symptom, lack of knowledge as the speaking being's condition, "unknown knowledge" as what drives the analytical device. We will find in horror of castration and death the most accurate definition of the speaking being's tragic existence. Such a path, supported by Freud's writings, will enable us to place horror within the subject's constitutive field, insomuch as it is the cause and effect of verbal inscription.

Key words: Freud – Horror – Ominous - Anguish

I. Una inspiración

PSICOLGÍA DE UN VENCIDO

*Yo, hijo del carbono y del amoníaco,
Monstruo de oscuridad y rutilancia,
Sufro, desde la epigénesis de la infancia,
la mala influencia de los signos del zodíaco.
Profundísimamente hipocondríaco,
Este ambiente me causa repugnancia...
Sube a mi boca un ansia como el ansia
Que escapa de la boca de un cardíaco.
Ya el gusano – ese obrero de las ruinas –
Que la sangre podrida de las matanzas
Come, y a la vida en general declara guerra,
Va acechando mis ojos por roerlos,
Y ha de dejarme sólo los cabellos,
¡En la frialdad inorgánica de la tierra!*

Augusto Dos Anjos (1884-1914), poeta brasileño que con solamente una obra conquistó lugar de destaque en la literatura nacional, siendo uno de los poetas más leídos de la actualidad. El "poeta del horror" publicó un único libro, titulado *Eu* (Yo) en 1912. Luego de su muerte, en 1914, su amigo Órris Soares juntó algunos poemas dispersos y dio a conocer en 1920 el libro de poesía más reeditado de la literatura brasileña: *Eu e Outras Poesias*. Con una estética insólita, su lenguaje innovó al incluir en la poesía nociones biofisiológicas y teorías científicas que él tomaba sobre todo de la obra *Los enigmas del Universo* (1899) del biólogo y filósofo alemán Ernst Haeckel (1834-1919).

El poeta duda de la existencia de un Dios trascendente, acercándose a la noción de Spinoza: dios es, él mismo, todo lo que existe. A partir de este Dios silencioso, incapaz de trascenderse, y de los descubrimientos de la naturaleza química de la vida, el poeta recrea cuerpos que se descomponen, ciudades – principalmente Recife y Río de Janeiro- consumidas por la peste, los virus, un universo siempre sujeto a la degradación de la materia. La vida es un enigma frente al silencio de Dios: “¿*Qué poder embriológico fatal/ Destruyó, con la sinergia de un gigante,/ En tu morfogénesis de infante,/ Mi morfogénesis ancestral?*”, pregunta el poeta a su hijo nacido muerto en 1911.

II. Introducción

Para Freud, el horror es intrínseco a la estructura psíquica del sujeto. Sus distintas facetas: 1) Colorean al síntoma, en tanto “*horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él [sujeto] mismo*” (Freud, 1909:133); 2) Se entraman con la angustia, en la medida que ésta es señal: “el hombre se protege del horror mediante la angustia” (Freud, 1916-17:360); 3) Revelan lo más íntimo -interior radicalmente desconocido- lo ominoso (siniestro) como perteneciente al orden de lo terrorífico, como “lo que excita angustia y horror” (Freud, 1919:219); 4) Y, finalmente, se conjugan con los ejes de la castración y de la interdicción al incesto: el horror propio a la castración y a la muerte (cabeza de medusa) imprimen la trágica existencia del ser hablante.

III. Angustia y horror

El concepto de “angustia señal” (Freud, 1925-26) tomará como base los momentos tempranos de la estructuración psíquica del sujeto. Freud dirá que el hombre, a diferencia de la mayoría de los animales, “es dado a luz más inacabado que estos (...) Así, este factor biológico produce las primeras situaciones de peligro y crea la necesidad de ser amado, de que el hombre no se libraré más” (Freud, 1925-26:145).

El autor, al analizar diferentes situaciones de peligro, ya había sugerido que “el hombre se protege del horror mediante la angustia” (Freud, 1916-17: 360). Más

adelante, afirmará que “la angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa; es angustia ante algo” (Freud, 1926:154). Tal incógnita (carácter de indeterminación y ausencia de objeto), que habita el campo pulsional, adquiere, en términos dinámicos, el estatuto de señal que denuncia la ausencia del objeto de amor. La ausencia de la madre figura el primer gran peligro ante el cual la angustia se despliega, incluso antes que la situación económica temida se haya producido, lo que “simultáneamente encierra el pasaje de la neoproducción involuntaria y automática de la angustia a su reproducción deliberada como señal del peligro” (Freud, 1926:130). Freud va a plantear que “en ambos aspectos, como fenómeno automático y como señal de socorro, la angustia demuestra ser producto del desvalimiento psíquico del lactante, que es el obvio correspondiente de su desvalimiento biológico” (Freud, 1926:130).

Siguiendo tal desarrollo, la angustia señal figura como lo que anuncia, indica los momentos claves de la estructuración psíquica, previniendo al sujeto del encuentro con el exceso y lo absoluto. Freud plantea que la angustia señal cumple una función de alerta ante la inminencia del deseo inconsciente, lo incestuoso y la intrusión del orden pulsional (Freud, 1932). El peligro, allí enmarcado, “es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada. La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro” (Freud, 1926: 156). La angustia está en relación a una situación de peligro, donde se anuncia algo del orden del desvalimiento, en la incógnita de su forma.

El horror al incesto asume acá toda su importancia estructural. En *Tótem y Tabú* (1913 [1912-13]), Freud se pregunta por la génesis del proceso civilizatorio. El Tabú del Incesto y sus consecuencias prácticas, la exogamia, son puntuados como los ejes de sustentación de la civilización. Así figuran: 1) no matar al padre, y 2) no mantener relaciones sexuales con las mujeres pertenecientes a él.

Freud, valiéndose de la filología, afirma que en el polinesio, el término tabú reúne dos ejes: por un lado, sagrado, santificado; y, por otro, ominoso, peligroso, prohibido, impuro. Lo opuesto al tabú se llama en lengua polinesia *noa*, que significa: lo ordinario, lo acostumbrado, lo que es accesible a todos. Por lo tanto, el

concepto de tabú entraña una idea de reserva, y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Freud plantea que “nuestra expresión compuesta «temor sagrado» equivaldría en muchos casos al sentido del tabú” (Freud, 1912:27). Pero, el autor aclara:

“Las restricciones de tabú son algo diverso de las prohibiciones religiosas o morales. No se las reconduce al mandato de un dios, sino que en verdad prohíben desde ellas mismas. Y de las prohibiciones morales las separa su no inserción en un sistema que declarase necesarias en términos universales unas abstenciones, y además proporcionara los fundamentos de esa necesidad. Las prohibiciones de tabú carecen de toda fundamentación; son de origen desconocido; incomprensibles para nosotros, parecen cosa natural a todos aquellos que están bajo su imperio” (Freud, 1912: 27).

El tabú, para Freud, es el código de leyes más antiguo del animal hombre, más antiguo que los propios dioses, que remonta a un periodo anterior a la existencia de cualquier tipo de religión. El tabú es, por lo tanto, aquello que establece la interdicción, que, a su vez, se fundamenta en la creencia del estado de impureza de aquél que la viola. En este sentido, el horror al incesto no figura como algo natural, pues no tiene sentido que la ley prohíba lo que la naturaleza ya impide y pune.

La génesis del tabú, para el autor, se relaciona al sistema totémico. El tótem es el representante del tabú. Es él que da protección e identidad al clan, y su fundamento está en la prohibición de las relaciones sexuales entre las personas de mismo tótem. La hipótesis freudiana del tótem como representante del padre primordial, tiene el sostén en el origen de la horda primitiva de Charles Darwin y la ceremonia de comida totémica de la religión de los semitas de Willian Smith. La horda primitiva es el modelo de las relaciones endogámicas y la ceremonia de comida totémica, donde el tótem es sacrificado y devorado por su clan, es el momento donde los integrantes del clan adquieren la fuerza del tótem: refuerzan su identificación a él y entre ellos mismos. Teniendo en cuenta este recorrido, donde se evidencia el valor de fundamento del tabú por intermedio del tótem, el horror al incesto figura como el horror a la muerte mista, al temblar de la

civilización, desde donde se nos confiere un lugar. La dimensión del “sin lugar”, del encuentro con el exceso y el absoluto hacen del horror al incesto su expresión más fiel. Todo lo que a él se remita despertará culpa y horror.

IV. Lo ominoso y el horror: el síntoma

Tomando como eje la indicación freudiana del ominoso (siniestro) como perteneciente al orden de lo terrorífico, o mejor dicho, como “lo que excita angustia y horror” (Freud, 1919:219), nos interrogamos sobre el particular lugar de este elemento en la trama del horror que nos concierne.

Freud analiza el término ominoso desvelando en él una aparente contradicción. Por un lado, la referencia a lo extraño, a lo extranjero; y, por otro, lo que no es para nada extraño, figura lo íntimo, lo más cercano y familiar al propio sujeto. ¿Cómo dar lugar a esta aparente contradicción? Freud, en el texto *Lo Inconsciente* (1915), plantea que en el inconsciente no existe contradicción. Cuando Lacan define la noción de significante, sostiene su necesaria oposición. La lógica del adentro y del afuera, desde esta perspectiva, no es excluyente, pone en continuidad la contradicción y revela en ella la condición misma del ser hablante: él que desconoce su verdad.

Lo ominoso pone en escena el desconocimiento de sí mismo. Elemento que se articula al síntoma, en tanto “*horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él [sujeto] mismo*” (Freud, 1909:133). La dimensión del “saber no sabido”, sobre el cual opera el dispositivo analítico, adquiere acá toda su importancia. El horror es parte de este necesario desconocimiento del ser hablante de sí mismo. Este interior, radicalmente exterior, denuncia, de modo decisivo en la obra de Freud, que el afuera habita las entrañas psíquicas del sujeto.

En el texto *Lo ominoso* (1919), no hay como abordar la dimensión de lo siniestro en su carácter de horror sin remitirse a la mirada y a los ojos. El cuento *El Hombre de la Arena* (1815) -escrito, según Lacan, por el “maestro inigualado de lo ominoso”, Hoffmann (1776-1822)- a partir de la lectura que hace Freud, pone en escena la mirada en su más pura materialidad. Según Freud, el mito o leyenda del arenero que se lleva los ojos de los niños que se portan mal no es más que un

temor al fenómeno de la castración. Freud sitúa lo ominoso, en primer lugar, en relación al miedo a ser despojado de los ojos, y, en segundo lugar, en relación a la figura de Olimpia (la muñeca viva), sus ojos “parecían singularmente fijos y como muertos”. En la misma línea habla de expresiones como “la niña de mis ojos” tan comunes en lo cotidiano, y que confirman también que este miedo no es más que un sustitutivo de la angustia de castración. El autor nos propone, como ejemplo, Edipo con su particular forma de castración, a saber, arrancándose los ojos. En este sentido, alude a que el ojo se encuentra asociado al miembro masculino en algunos contenidos oníricos, en fantasías o en mitos, y a que la amenaza de pérdida del miembro masculino introduce un sentimiento intenso y oscuro que presta su eco a la representación de perder otros órganos. El cierre se da cuando Freud relaciona la angustia a ser despojado de los ojos con la muerte del padre.

Sin ahondar en el cuento, subrayamos que Freud parece articular el horror al campo de la mirada, de lo visto, del ojo. Según el autor, por ejemplo, la Cabeza de Medusa es el símbolo del horror en la mitología griega y en sus paralelos en otras mitologías (Freud, 1940 [1922]). Freud va a plantear la horripilante cabeza decapitada de medusa como metáfora de la castración. “Decapitar=castrar. El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración, terror asociado a una visión. Por innumerables análisis conocemos su ocasión: se presenta cuando el muchacho que hasta entonces no había creído en la amenaza ve un genital femenino. Probablemente el de una mujer adulta, rodeado por vello, en el fondo, el de la madre” (Freud, 1940 [1922]:270).

Según Freud, la forma como el arte presenta a los cabellos de la Cabeza de Medusa, es decir, como serpientes, también proviene del Complejo de Castración. El autor plantea que “por terrorífico que sea su efecto en sí mismas, en verdad contribuyen a mitigar el horror, pues sustituyen al pene, cuya falta es la causa del horror. Aquí se corrobora una regla técnica: la multiplicación de los símbolos del pene significa castración” (Freud, 1940 [1922]:270). En este sentido, la Cabeza de Medusa en tanto metáfora del Complejo de Castración presenta, entre otras cosas, el parentesco originario entre el deseo y la angustia, es decir, entre la ausencia imaginaria del falo (o lo real del pene) y su proliferación en lo simbólico.

Según Lacan, en el *Seminario 11- Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), “en la medida que la mirada en tanto *objeto a*, pueda llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración, y en que, por su índole propia, es un *objeto a* reducido a una función puntiforme, evanescente, deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia” (Lacan, 1964:84).

Entonces, es la visión de la Cabeza de Medusa que petrifica de horror, transforma en piedra a quien la mira. Según Freud, este particular lugar de la mirada, en el campo de lo visto, remite al Complejo de Castración y el cambio de afecto que allí se produce. “El petrificarse significa la erección, y en la situación originaria es, por tanto, el consuelo del que mira. Es que él posee, no obstante, un pene, y se lo asegura por su petrificación” (Freud, 1922). Lacan plantea, en el *Seminario 05 – Las formaciones del Inconsciente* (1958), que la visión de la Cabeza de Medusa desvela algo que no mostrará más que nada, es decir, se trata del horror que representa a la ausencia revelada como tal.

En la Clase 09, del *Seminario 26 – La Topología y el Tiempo* (1979), Alain Didier-Weil es invitado por Lacan y habla sobre el superyó medusante, planteándolo en términos de “Ni una palabra...”. El autor subraya el desvanecimiento del sujeto en la expresión extrema de horror. El superyó medusante, “me parece que se lo podrá señalar como siendo lo que está activo en el universo de algunos psicóticos, es decir un universo en el cual el sujeto está literalmente medusado, es decir bajo la mirada de esa medusa que es su Otro; les recuerdo que bajo la mirada de la medusa un sujeto es petrificado, es decir que para toda la eternidad -ya no hay más tiempo, no hay diacronía- para toda la eternidad es coagulado, pierde la disposición del movimiento del lenguaje (*langagier*) o del movimiento corporal” (Didier-Weil, 1979). En este sentido, la mirada de la medusa, esa mirada que sería el superyó más feroz, el más arcaico que hay, que no da la posibilidad de una palabra, presenta la mirada del Otro del siguiente modo: “Sé todo de ti, no tienes nada que decir, porque mi mirada funciona como ese saber absoluto”, el sujeto no está ya en la dimensión de una suposición cualquiera en su relación al Otro.

V. Reflexiones finales

El horror, intrínseco a la estructura, asume distintas presencias en la configuración psíquica de cada sujeto. Lo ominoso revela su presencia desde la exterioridad de lo más íntimo. El desconocimiento, “saber no sabido”, sostiene las formaciones del inconsciente, revelando el constante estar de lo radicalmente exterior. Es, en este sentido, que el horror propio a la castración y a la muerte imprimen la trágica existencia del ser hablante. No hay como huir de esta lógica que a todos nos concierne. El lenguaje que nos atraviesa es devastador y traumático en sí mismo. El horror al incesto revela la fuerza de las primeras inscripciones. La palabra adviene en la imposibilidad misma de ser dicha. Lo que queda afuera, lo impronunciable, enmarca los bordes de los dichos. A este horror nos referimos, a este punto de oscuridad no remetimos, pues la luz está en relación a él.

NOTAS

ⁱ Dos Anjos, A. (1920). *Eu e Outras Poesias*. Ed. 1. São Paulo: Ática Editora (2005).

VI. Bibliografía

DOS ANJOS, A. (1920). *Eu e Outras Poesias*. Ed. 1. São Paulo: Ática Editora (2005).

FREUD, S. (1909). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en *Obras Completas*, V. X. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1917 [1016-17]). Conferencias de introducción al psicoanálisis (continuación): 25ª Conferencia. La angustia. *Obras Completas*, Vol. 16. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1919). Lo ominoso. *Obras Completas*, Vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1026 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas*, Vol. 20. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1933 [1932]). Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis: 32° Conferencias. Angustia y vida pulsional. *Obras Completas*, Vol. 22. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1940 [1922]). La cabeza de Medusa. *Obras Completas*, Vol. 18. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

LACAN, J. (1964). *Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (1979). Libro 26: La topología y el tiempo. Edición virtual: TIRESIASa. Archivo. Tiresias.NSF.